

## PRESENTACIÓN

Una de las características más notables del actual movimiento de renovación del cristianismo en América Latina es la toma de conciencia de la identidad propia. En una convergencia profética, desde los ángulos socio-económico, cultural, étnico, religioso y pastoral, América Latina está poniendo en movimiento el dinamismo de su original vocación histórica. No por casualidad una de las expresiones más "latinoamericanas" hoy es "concientizar", tomar y hacer tomar conciencia.

La "concientización" cristiana será ingrediente indispensable del continente del mañana. En qué grado de influencia, el espíritu de los mismos cristianos y la historia lo dirán. Por eso hoy día una de las grandes tareas de la Iglesia y de su Pastoral es la de crear el sentido original y responsable de una conciencia —cristiana— latinoamericana en sus hijos.

En el presente volumen, el autor-profesor de Historia de la Iglesia en América Latina en el IPLA ha reunido algunas de sus más significativas conferencias y artículos sobre esta materia. El aporte sólido de elementos históricos y de antropología cultural que realiza esta obra serán preciosa ayuda tanto para la elaboración de una "teología" como de una pastoral conscientemente latinoamericanas.

En memoria del 450 aniversario de la *toma-de-conciencia*, conversión a la causa de la justicia, de Bartolomé de las Casas. (1514-1964).

## INTRODUCCIÓN

Como nos referimos a una CONCIENCIA CRISTIANA en América Latina, querríamos sugerir tres textos, porque la dicha *conciencia* se expresa paradigmáticamente en la figura de los profetas, y, éstos, habiendo existido a lo largo de toda la tradición judeo-cristiana, no han faltado en nuestra América:

"El Espíritu de Yahvé, el Señor, reposa sobre mí, pues Yahvé me ha consagrado, me ha enviado a proclamar la Buena Nueva a los pobres... a anunciar a los cautivos la amnistía, a los prisioneros la liberación" (*Isaías* 61,1 — seis siglos a. JC).

"Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de los Cielos... Malditos vosotros los ricos, porque sois reos de condenación..." (*Jesús*, en el Evangelio de *Lucas* 6, 20-24).

"Yo soy una voz que clama en el desierto de esta isla... y es para haceros conocer vuestra falta contra los indios... Ella os dice que estáis en falta grave a causa de vuestra crueldad con que tratáis esta raza inocente" (*Antonio de Montesinos*, sermón del tercer domingo de adviento de 1511, en la Isla Española —Haití—).

Fue principalmente Bartolomé de Las Casas quien tomó antorcha encendida por Montesinos, en aquel día memorable de 1514 cuando leía un texto de la misma tradición judeo-cristiana:

"Inmunda es la ofrenda del bien mal adquirido, los sacrificios de los malvados no me son agradables" (*Eclesiastés*) (Ben Sira) 34,21 ).

Después de un Bartolomé vendrán otros muchos, seguirán sus pasos, un Vasco de Quiroga en Michoacán, el *Tata* de los Tarascos (1538-1665), Luis Beltrán (1525-1581), Pedro Claver (1580-1654) entre los negros de Nueva Granada; Francisco Solano (1576-1628) entre los indios del norte argentino, o Toribio de Mogrovejo (1538-1606) entre los del Perú; Roque González creador de la civilización del Paraguay de las reducciones (1576-1628), Martín de Porres entre los pobres de Lima (1576-1639), Junípero de Serra entre los californianos en el siglo XVIII... un Hurtado en Chile en pleno siglo XX, para despertar una conciencia adormecida...

En los tiempos de la naciente civilización hispanoamericana —fusión de las culturas y civilizaciones amerindianas— la *conciencia cristiana* supo rápidamente, aunque con mayor o menor claridad según las épocas, tomar posición, proclamar las injusticias, proponer y crear —dentro de sus reducidas posibilidades— los instrumentos para la efectiva promoción de los más necesitados. Sin embargo, la *noche oscura* de nuestra historia (el siglo XIX) adormeció, casi extinguió, comprometió, dicha conciencia con formas socio-políticas que le impidieron cumplir su función profética. Es a la nueva *generación cristiana latinoamericana*, junto con todas las juventudes que pretenden realizar en América Latina un cambio de estructuras, a las que dedicamos estas líneas.

## *CONCIENCIA CRISTIANA LATINOAMERICANA*

### I

#### 1. HACIA UNA METODOLOGÍA GLOBAL

Es necesario previamente clarificar las condiciones metodológicas que nos proponemos utilizar conjuntamente. Para ello, será necesario discernir los diversos niveles en los que cada ciencia o grupo de ciencias poseen sus objetos. En los últimos años se ha visto, cada vez más, que la creciente especialización impide tener una visión de conjunto. Reunidos los especialistas de diversas ciencias, pueden, sin embargo estudiar Latinoamérica abriéndose a la problemática de sus colegas que operan en otros niveles que el propio. El hombre es irreductible al análisis de una ciencia; debe ser estudiado por todas ellas; mucho más cuando se trata de un hombre concreto, de una porción de la humanidad presente: la comunidad latinoamericana de Naciones.

Existe una doble dificultad. En primer lugar, objetivamente: Se pretende negar la unidad de nuestra civilización y cultura latinoamericana, en beneficio de una autonomía o personalidad nacional. Dicho nacionalismo debe ser definitivamente superado, como producto de la edad del liberalismo (el siglo XIX) de la

oligarquía criolla, del aislacionismo artificial y suicida. En segundo lugar, subjetivamente: cada ciencia, cada científico, cada especialista —aún en el campo obrero o rural— posee su método específico. Rápidamente constituye como absoluto *su modo* de ver, *su modo* de actuar, *su modo* de tratar el mundo, las cosas, los hombres. Así el matemático sólo cuantificará las cosas no discerniendo ni su historicidad ni su cualidad; así el sociólogo "sociologizará" la realidad perdiendo sus contenidos intencionales; así el filósofo se perderá en sus lecturas más o menos irreales; así el teólogo repetirá las fórmulas sabidas sin preocuparse de pensar la realidad de su tiempo o la angustia del pueblo; etc. Es necesario comprender que mientras no nos habituemos a saber sentarnos junto a una mesa, con el espíritu predispuesto a un trabajo de *inter-ciencia*, todo será imposible. Debemos abandonar el particularismo para abrirnos a una visión universal y descubrir en equipo un neo-humanismo latinoamericano.

## 2. ETHOS SOCIAL O CULTURAL<sup>(3)</sup>

El hombre que ha inventado las civilizaciones —por diversos condicionamientos colectivos e históricos— ha adoptado, de hecho, diversas actitudes, ha utilizado los instrumentos de civilización de diferentes maneras. Esas *maneras, actitudes, posiciones existenciales* forman un cuerpo orgánico de hábitos y costumbres en una conducta personal y social, presente e histórica, que denominamos *ethos* de un pueblo el *modo de vivir*.— Entre la objetividad de los instrumentos de la civilización y la pura espontaneidad de la libertad —por ejemplo—, existe un plano intermedio: el de los modos, las actitudes fundamentales que determinan la dirección, el sentido, el fin del acto, es decir, el temple especial con el que se relaciona el hombre con el sistema de los útiles. Compárese por ejemplo el ideal de belleza del mundo helénico, con el orden práctico del romano; el profundo pesimismo de lo histórico y contingente (maya), del

dad y resignación de un inca con el profetismo israelita; la intemporalidad de una tribu animista con el escatologismo cristiano —determinado por el *ágape* o caridad.— Son diversos temples, temperamentos, estilos. Estas actitudes fundamentales no son ni tan transmisibles, ni tan acumulativas como el sistema de la civilización, sin embargo, no son la mera espontaneidad. Puede transmitirse y acumularse —en cierta medida— por la educación, en el ámbito de una sola subjetividad —personal y social; en una persona su temple termina con su muerte, en una sociedad empieza y termina con la vida histórica del grupo; mientras que el sistema de los útiles de la civilización pueden ser transmitidos a otros grupos, a otros ámbitos subjetivos, y en ello consiste la transmisión acumulativa y ascendente del progreso.

El temple propio greco-romano desapareció casi ante el choque del estilo judeo-cristiano, de igual modo que la cultura de las civilizaciones amerindianas fueron esencialmente desorganizadas —y agonizaron durante mucho tiempo— ante el choque del *ethos* hispano-europeo. El *ethos* social latinoamericano será el objeto de las *ciencias del espíritu* en general y de la psicología social latinoamericana.

### 3. NÚCLEO FUNDAMENTAL DE VALORES<sup>(4)</sup>

Toda civilización y *ethos* —como los hemos descrito en los dos apartados anteriores— poseen *un sentido* último. Sólo en nuestro tiempo, en la civilización de contenidos diversos, pluralista y profana, el sistema de útiles o instrumentos técnicos de la humanidad actual deja de tener "*un*" sentido para reducirse sólo a una mera exterioridad. El sentido último puede estar difuso, inconsciente o es difícil de discernir, pero nunca se encuentra ausente. Todo sistema de civilización se organiza en torno a una médula, un foco, un *núcleo ético mítico*, los valores: fundamentales del grupo —que pueden descubrirse por la hermenéutica de los mitos básicos de la comunidad, siendo

fundos de una civilización: aquellas estructuras, fines o valores que no son ni vistos como objeto, ni criticados, y que, sin embargo, son los objetivos hacia los que tienden todas las conductas, son los valores que justifican la elección y utilización de los instrumentos. Es el organismo intencional que funda en grupo humano, y lo define, en lo que tiene de propio, esencial.

Por ejemplo, las civilizaciones indo-europeas poseían una estructura intencional dualista: el mundo de lo divino es el que existe realmente; lo experimental es mortal y corruptible; de allí que el hombre sea el alma, y el cuerpo causa del mal; de allí que la historia no exista dentro del eterno retorno del *maya* o la *doxa*, de allí que la salvación sea una ascesis solitaria fuera de la ciudad por naturaleza totalitaria.

De modo análogo, en América, tanto los Aztecas como los Incas poseyeron este *núcleo ético-mítico*. Los Toltecas por ejemplo, gracias al sacerdote Quetzalcóatl —el principal de los *tlamatinime* (sabios—, llegan a una cierta claridad en las estructuras intencionales del mundo nahuas. En primer lugar existe el Dios de la dualidad *Ometéotl*. "Quetzalcóatl sabía que en el oriente, en la región de la luz, más allá de las aguas inmensas, estaba precisamente el país del color negro y rojo, *Tlilan, Tlapalan*, la región de la sabiduría. Escapando por la región de la luz, podría tal vez superarse el mundo de lo transitorio"<sup>(5)</sup>. Igualmente pensaban que existía un eterno retorno, y que nos encontrábamos en la edad del Sol en movimiento, para lo cual había que inmolar la vida y la sangre humana para mantener el mecanismo cósmico (rito y mito de la creación y la conservación bien conocido, que justificaba el sacrificio de las víctimas humanas). Vemos cómo esos últimos valores, o el núcleo ético mítico de los aztecas movía a aquel temple guerrero a encaminar toda la civilización, las guerras y hasta el comercio, a fin de encontrar víctimas para sus dioses —sus valores— e imponer su imperio sobre los pue-

blos de la meseta mexicana como un medio para preservar la continuación óptica del universo. El núcleo ético-mítico oriental desde adentro la civilización y

conforma aún el mismo *ethos*. De igual modo los semitas —que se difunden durante varios milenios desde el desierto arábico, oponiéndose a los indo-germanos que irradian su potencial humano desde el centro del continente asiático—, especialmente los hebreos, comprenden al hombre como una unidad carnal-espiritual, donde la creación ha radicalizado el comienzo —y por ello mismo no hay ni eterno retorno ni divinización del cosmos—, de donde nacerá por primera vez la conciencia histórica y la visión demitificada del universo —fundamento de todas las ciencias modernas—. Esa tradición judeo-cristiana, después de tres milenios y medio de experiencias —si partimos de Abraham— será adoptada y particularmente vivida por el pueblo hispánico. Comprendemos ahora que debió producirse un choque profundo entre el núcleo o valores fundamentales hispánicos y los de la amerindia.

Debe además comprenderse que la evangelización —choque entre el mundo mítico y el foco intencional cristiano (la fe), entre el *ethos* indio y el cristiano (especialmente la caridad y la esperanza)— no debe confundirse con el mero choque del mundo hispánico y el indio, aunque muchas veces se unificaron. Aquí debiera plantearse todo el problema del mesianismo hispano —tentación del pueblo judío— de unificar cristianismo e hispanismo contra lo puramente pagano. En verdad, la comunidad latinoamericana nace por la fusión de tres polos: la civilización y el mundo hispánico, la Iglesia (que muchas veces operó autónomamente) y las civilizaciones amerindianas.

Queremos recalcar nuevamente, que no deben confundirse el núcleo ético-mítico de la civilización hispánica y el foco intencional cristiano que es la Fe.

13

#### 4. GRUPOS SOCIALES<sup>(6)</sup>

Ni la civilización, ni el *ethos*, ni los últimos valores —diversos niveles de profundidad— agotan los



elementos metodológicos a discernir. Debemos todavía tener en cuenta los *sujetos* en los que dichos niveles existen y que juegan recíprocamente un papel constituyente. Nos referimos a los grupos sociales, élites, estructuras de la comunidad. Es evidente que tanto la civilización —la economía, la política, etc.—, como los valores van formando grupos —comerciantes, gobernantes, sabios, proletarios, etc.— que ejercen como funciones propias el uso y justificación de los diversos instrumentos. Pero igualmente, en ciertos momentos, son los grupos los que, conservando los privilegios adquiridos estatuyen para siempre una estructura de civilización dada o ciertos valores concretos —como en China hasta bien entrado el siglo XX, bajo la organización Imperial y los valores confuciano-budistas.

En América Latina, no sólo es necesario saber discernir la historia de nuestra civilización —producido por el choque del instrumental dado en sistema de los grupos amerindios y el hispánico, para después ser reemplazado por el europeo y norteamericano—, ni de nuestro *ethos* o de los últimos valores de nuestra comunidad —trabajo de discernimiento fenomenológico todavía a realizar y propiamente filosófico—, sino además, es necesario una historia social donde pueda verse la evolución de los grupos, las clases, las élites, las generaciones, la movilidad del poder, etc.

---

Teniendo en cuenta estos tres niveles de profundidad y los grupos sociales creemos que será practicable un trabajo en equipo de *interciencia*, en comunidad y unidad a fin de dar cuenta del *hombre* latinoamericano, es decir, de aquella parte de la humanidad que habitando en nuestro continente le ha tocado estar particularmente limitado a ser sí mismo, es decir, latinoamericano.